

LETRAS

“Porque el hombre es el nombre
y su primer fatalidad su nombre...”

Juan, el hombre pulcro y correcto, se casó.
Y tuvo un hijo, exactamente en el tiempo que la burocrática madre Naturaleza marcó.

Un varón como un bolito de carne sonrosada.

Juan se dijo que ya tenía un admirable «porqué» en su vida. Su hijito. Le haría un hombre poco a poco, con mimo y meticulosidad. Trabajaría más y mejor para su vástago.

Mezclando el orgullo de varón—como dice un tango— con la ilusión paternal y una mareante sensación de cariño por El, podía confeccionar y lo hacía un deleitoso brebraje que le transformaba en hombre feliz, ampliamente feliz.

¡Qué placer echar a volar la imaginación, fabricando tiempo de prisa, para ver al hijo, ya convertido en hombre fuerte, guapo, elegante, listo, con brillante carrera y magnífico porvenir.

Inmediatamente veía al pequeñuelo transformado, cariñoso y obediente con su querido papá, obligado a él que le había dado el ser y un puesto honorable y holgado en la exigente sociedad. Y él mismo se observaba en el caprichoso avance del tiempo, sereno y comprensivo con su primogénito; protector, suficiente y plausible en la cumbre de su delicada labor «re-constructiva».

Ni pensar en cosas grises, tristes, desagradables.

Luz, luz de alborada, siempre, para los lindos ojitos.

Aire, eternamente aire perfumado, de primavera, para sus brazos, hoy como tallos de pétalos.

Petrilla, su mujer, que lo había traído, formaría su ternura y su corazón. El, su cerebro y sus músculos.

Estaba soñando así con su hijito, el cual perneaba en el regazo de su madre cuando ésta le dijo:

—Le pondremos Manuel, como su abuelo.

—¡Eh!, emitió asombrado Juan.

—¿No te gusta Manuel?— exploró melosamente Petra.

Juan no dijo nada. Pensaba en el inesperado problema de dar un nombre a su descendiente. ¿Cual?

—Podemos ponerle tu mismo nombre: «Juan» —aventuró aun la mujer.
—¡Oh, no!—dijo Juan enseguida.—Mi nombre no. Lo meditaré, déjame pensar. ¡Caramba es una cuestión! ¡Lo veré! ¡Lo veré!
Y se fué tan enormemente preocupado que quiso fumarse el encendedor y guardarse el pitillo encendido.

Para un hombre como sería su hijo, a no dudar, cualquier nombre no era bueno. ¡Ni hablar! Podía ser un eminente doctor, un famoso diplomático, un exquisito novelista, un ministro ejemplar. ¡¡Cualquier nombre, no!!

¿Le podía poner Lupicinio a su hijo?

Pues, ¿y Sisebuto? ¿Podía ponerle Sisebuto?

¿Restituto?

¡Dios de Dios! Tenía que ser un nombre eufónico, aristocrático. Digno, ¡si señor! «digno».

Aquella noche soñó que el Santoral era una sierpe de hormigas negras que se le enroscaba al cuello y le hacían insoportables cosquillas. Algunas se le metieron por la boca y tanto le mordieron en los nervios que hubo de des-
pertar.

Fueron días crueles, inolvidables, de desesperante indecisión. Un barajar inquietante, de delirio.

¿Este? Bien, bien. Este... Pero ¿y este otro?

¿Rafael?... Pschs... ¿Y Horacio? ¿Qué tal Horacio?

¿Recaredo? ¡Oh, Recaredo...!

¿Venancio?

.....

La Historia, la Biblia, ¡qué se yo! Qué imponente batallar. Sus energías quedaron rotas, desmanteladas.

Al cabo, vióse a Juan y a su señora ante una urna de colosales dimensiones con cien mil nombres en cartulinitas.

Con toda solemnidad, con imponente y hierático ademán Juan sacó una ficha.

Decía: BONIFACIO.

RAMIRO GUTIERREZ SUITINO.

CONFESIONES DE UN OLFATEADOR FRACASADO

NUBE DE VERANO

Cuando salí aquella tarde de casa no fué faena rápida ni sencilla consumir integralmente el tránsito. ¿Cuántas incorrecciones cometí? Lo ignoro en este momento. Pero sí recuerdo mi apresuramiento y rubor ante la perorata escandalizada con que aquella señora se vengó de mi obstinación en hacerla salir de la acera; del gesto terrorífico de aquel otro señor respetable a quien dí un pisotón frenético; del horror que sentí al comprobar mi distraída indiferencia al paso de una de las personas a quienes debo más de un favor de los que no puede olvidar un buen nacido... Dios debió velar por mí, salvando mi automatismo, cuando, sin embargo, no fueron mayores mis deslices. Porque si con frecuencia mi desordenada actividad interior nubla la serenidad de la externa, hay días en que ello ocurre de una manera patológica, risible para algunos, pero para mi desagradable y molestísima. Tanto, tanto, que hasta temo por mi suerte siempre que escucho ejemplos de desgraciadas distracciones. Lo de aquel día sin embargo, fué algo insólito por sus proporciones. Voy a relatarlo venciendo el sonrojo que toda desnudez autobiográfica proporciona, porque a muchos quise hacer discípulos de una teoría desmesurada; y moralmente estoy obligado a relatarles mi experiencia rectificadora.

Sin que pueda localizar en el tiempo su nacimiento, ni en el espacio sus posibles causas ni principios, se me había ido instalando en la conciencia con caracteres obsesivos la idea de la importancia que para la conducta del hombre importan los resortes instintivos. ¿Reacción antirracionalista contra mi incapacidad de aprender todo el tinglado de una lógica mal estudiada? ¿O más bien respuesta inconsciente ante la mal tolerada preeminencia de un discípulo empollón? ¿O...? La cuestión es que me sentí de pronto enamorado de la teoría citada. Un día acoté en una de mis lecturas un encendido párrafo antirracionalista; otro escuché asombrado y traduje a humana vigencia y superación las enamoradas divulgaciones de un apicultor; otro discutí con escándalo de dos galenos y piadosas miradas de otros dos «profesionales», defendiendo la posibilidad del curanderismo, y hasta atreviéndome a asegurar que en un estadio de cultura tan próximo como seguro, volvería el hombre a guiarse por sus instintos. La idea, claro es, me iba ganando a medida que me esforzaba en dar consistencia y raigambre a lo que en el primer momento fué simple barrunto, sencillo y elemental olfateo. Por afán de confirmarla de vez en cuando me colocaba en aquella situación de espíritu que guardaba profunda analogía con la que «Tone» aquel pobre perro blanco familiar, compañero de tantas de mis horas vacías, adoptaba de momento ante el anticipo de sabe Dios qué estímulos distantes. Me veía interiormente abiertas las aletas de la afectividad, tensos los resortes de la espiritual sintonía, desmesurados y brillantes los ojos de la intuición. Y el caso es que con frecuencia ví confirmados mis presentimientos. Es muy seguro que mi atención y mi memoria me alucinaran en ocasiones y me hicie-